

preguntó el padre... Ya verás; es una mujer muy agradable.

Pero Rosa se negó en absoluto. No conocía á aquellas gentes... Y en el tono de la muchacha puesta de codos á la ventana al lado de su padre, se traslucía una naciente antipatía hacia Mme. Hulín.



## II

Entre el escritor y su vecina se había establecido una intimidad nacida de la semejanza de su situación, una simpatía que aún no podía analizarse. Habían pasado la velada, una vez acostado el niño, solos, en el saloncito del piso bajo, oyéndose á lo lejos el rumor de París, y turbando únicamente el silencio del boulevard solitario algunos ladridos de los perros, y el



paso brusco de algún tren cuya trepidación conmovía toda la casa.

De pronto el reloj, antiguo mueble de familia que armonizaba con la consola y los asientos estilo Imperio, dió las diez, y Mme. Hulín, se sonrió dulcemente mientras cortaba con los dientes el hilo de su labor.

— ¿De qué se ríe usted?—preguntó Régis con la constante inquietud del hombre frente al enigma femenino á que hace traición algunas veces la burla involuntaria, recuerdo de la muchacha traviesa que existe siempre hasta en la mujer de mejor equilibrada cabeza.

Fijó en él sus grandes ojos de pupilas azules, rodeados de un blanco cándido y nacarado, de una pureza sorprendente entre las líneas bien acusadas y mórbidas de la fisonomía de una mujer de cerca de treinta años.

—Me río—dijo—porque son las diez, porque esta noche tampoco sale usted, y porque para Régis de Fagan, esta es una vida muy rara.

Fagan sonrió á su vez.

—¿Pues qué vida cree usted que hacen los artistas?... ¿Los cree usted á todos mundanos hasta no poder más, corriendo de orgía en orgía y no descansando ninguna noche?

Paulina Hulín, después de dudar un poco:—Pienso—dijo—en los escenarios tan llenos de lazos, de tentaciones... si yo hubiera estado casada con uno de ustedes hubiese tenido mucho miedo.

—¿Miedo?... ¿y de qué? ¿de las actrices? ¡Bah!...

Y el escritor dramático, el hombre de experiencia, se puso á analizar el aspecto ficticio y moldeado de aquellas extrañas mujeres que usan frases hechas, que ex-



perimentan sentimientos convencionales, arrastradas por el rún-rún de las piezas que han representado y que conservan su entonación en la vida real, como las muñecas su mecanismo parlante... ¡Las mujeres de teatro!... si alguna vez por casualidad sienten un arranque de pasión verdadera, si dicen un «te amo» que no proceda del Conservatorio, piensan en seguida ¡Qué bien lo he dicho!... Y lo guardan para ofrecérselo al público en la primera comedia de costumbres... Y tan buenas compañeras... siempre con el corazón en la mano... incapaces de rehusar nada á los amiguitos.

Es preciso haber visto los corredores de un escenario cuando los artistas están solos sin autor ni director, los cuartos próximos, lo que se dice de uno á otro... es lo mismo que un carro de saltimbanquis. A no ser un jovencillo inocente, ¿qué hom-

bre honrado puede encontrar allí nada que le satisfaga?

Mme. Hulín muy atenta, aunque en apariencia no se ocupaba más que de la labor que tenía sobre las rodillas, dijo con la misma entonación tranquila:

—Concedo todo lo que dice usted de la actriz, por más que visiblemente exagera usted algo; pero aun prescindiendo de ella ¡cuántas tentaciones quedan aún para el hombre célebre, para el autor aplaudido! Admiradoras de la alta sociedad, adoradoras por correo interior, todas las desconocidas que acuden á vosotros, que os aman de lejos, que os lo escriben...

—¡Oh! tampoco es muy seductora ni peligrosa esa clase—dijo Régis... En primer lugar siempre son las mismas las que escriben... media docena de histéricas, de extranjeras que coleccionan autógrafos... He hecho veinte veces la prueba con mis



amigos, con mis colegas... sus incógnitas eran también las mías.

Paulina levantó la cabeza.—Sin embargo puede suceder que una mujer que salga conmovida de oír una obra hermosa, una buena lectura, sienta deseo de dar las gracias al autor.

—Es posible que escriba, pero si tiene sentimientos delicados, no enviará la carta... Desafío á usted á que me diga lo contrario—añadió Régis mirándola profundamente.

—¡Oh! ¡Yo no soy expansiva!

Un quejido del niño la interrumpió y la hizo ir al cuarto de al lado, y al volver al cabo de un rato junto al costurero:—Está agitado esta noche—dijo bajando la voz.

En este nuevo diapasón que hacía más íntima la conversación, repuso Régis:—De modo que usted se imaginaba un Fagan vividor y calavera?... desengañese usted;

la vida que llevo en este momento es la que soñaba en el matrimonio, y mis costumbres caseras, mi pereza para salir es lo que más ha disgustado á mi mujer. Fué su primer motivo de queja, la causa inicial de la ruptura... ¿Quién tiene la culpa? Me caso á los veinticinco años, habiéndose representado mis obras en todos los teatros, harto de todos los placeres que pueden proporcionar, y doy con una mujer loca por los estrenos, los beneficios, los billetes de autor... Me han hablado del abuelo Ravaut que había hecho su fortuna fabricando y alquilando trajes de teatro; y puede ser que el atavismo de oropel, pelucas y chalecos bordados haya impresionado á aquel pobre cerebro. Ya ve usted el error; él que se casa por huir de la vida ficticia para hacerse un hogar que no sea el foyer de la comedia francesa ó de la ópera cómica; ella que por el contrario no ha bus-



cado más que un nombre muy conocido, la ocasión de asistir á todos los ensayos generales y la seguridad de figurar en la primera hoja de los periódicos.

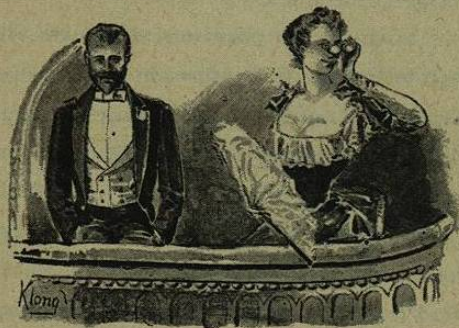
—Gran error en efecto—dijo Mme. Hulín, pero sin convicción. Había algo que demostraba duda en su tono leal, en su franca fisonomía.

Fagan que lo comprendía insistió para convencerla:

—Yo cedí como el más enamorado, porque lo estaba perdidamente, y no de ruido impreso ni de vana celebridad como ella. Todas las noches, durante años enteros, me han arrastrado á los espectáculos más variados; formábamos parte de ese repugnante «todo París», que se exhibe en todas partes, que es más comediante que los mismos cómicos, y para el que no hay vacaciones ni descanso. En los estrenos de no importa qué teatro ocupábamos in-

variablemente las mismas localidades; veía pelarse en las butacas de orquesta los cráneos de la crítica, formarse las arrugas de mis vecinos ó de los que estaban enfrente; siempre constantes también ellos, y oía á mi mujer decir: «Calla, Mme. X ha mudado las bridas á su sombrero rosa para hacer creer que es nuevo...» ó «mira al matrimonio Z, ¡qué viejos están!»

Luego, sin cansarse, durante los entretantos, paseando sus gemelos enumeraba





los apellidos conocidos, repetía todos esos hechos insignificantes, esos pequeños escándalos de que París se hace eco durante todo un invierno, que sazonan sus diversiones de las que son la nota alta y deliciosa. He llevado esta existencia de provinciano bastante tiempo para que al fin me cansara y me repugnase de tal manera, que la verdadera causa de nuestro divorcio es ésta.

—Pues algo se habló de cierta historia...—dijo Mme. Hulin haciendo un ligero gesto de duda.

—¡Ah! sí... mi *flagrante delicto* del Hotel de España que refrieron todos los periódicos. Confiese usted que de ahí viene la mala opinión que tiene usted de mí, ¿no es verdad? ¿Y si yo le dijera que aquella *sorpresa* estaba preparada de acuerdo con mi mujer?

Viendo la estupefacción de Paulina,

Régis continuó:—Hasta hoy sólo tres personas estaban en el secreto de esta comedia, la antigua Mme. de Fagan, el Consejero Malville y yo... ¿Conoce usted al Consejero?—preguntó al notar un movimiento de Mme. Hulin que contestó afirmativamente con la cabeza; y de una tirada, sin descansar, contó su aventura conyugal.

«Imposible estar más hartos uno de otro que estábamos nosotros; pero esto no era bastante; «necesitamos un hecho concreto» decía á mi mujer su amigo Malville, musicastro rabioso, mientras leía con ella al piano la última partitura de Wagner: «Proporcioneme usted un escándalo, un *flagrante delicto* y yo me encargo de lo demás.» Quizá sin tener mucho que buscar, hubiera podido yo encontrar, en las relaciones de Mme. de Fagan y del primo La Posterolle, las pruebas que pedía



el Consejero; pero dos razones me lo estorbaban. La primera, la facilidad con que había dejado establecerse en mi casa la intimidad del primo, joven fiscal del Consejo de Estado, al que por mi pereza por salir, por mi hastío de los placeres del gran mundo, yo mismo autorizaba para acompañar á mi mujer y á mis hijas al teatro y á los bailes. La segunda razón, la verdadera, eran nuestras dos hijas, su matrimonio, su porvenir, todo el objeto de mi vida futura. Cuando el hombre es el cogido en falta, el mundo perdona: Cuando es la mujer, recae algo de vergüenza sobre la familia. Quedan los hijos señalados, manchados para siempre. He ahí por qué quise aparecer culpable y dejarme sorprender en las condiciones que usted sabe.

—Y Mr. Malville se ha prestado á semejante comedia—exclamó Mme. Hulín indignada.

—Ya veo que no conoce usted bien á ese *diletanti* extraviado entre los magistrados. Todo lo que no sea Beethoven ó Wagner, le es perfectamente indiferente. Eso sí, es muy complaciente, porque el asunto le ha proporcionado casi tantas molestias como á nosotros. Unas veces el comisario á quien se había avisado, no llegaba á tiempo; otras mi cómplice, — porque claro está que yo necesitaba una cómplice,—no acudía á la cita... y vuelta á empezar. No se puede nadie imaginar nada más bufo que un matrimonio legítimo, citándose en un sitio extraviado de París para combinar de nuevo el día y la hora en que el deseado *flagrante delicto* había de ser al fin legalmente comprobado. Habíamos elegido lo más alto de la avenida del Observatorio, donde es más fresca y más densa la sombra de los castaños. Allí no había peligro de que nadie



conocido nos encontrara y esto era indispensable, porque, piense usted en lo ridículo que resultaría ver paseando juntitos, poniéndose de acuerdo, combinando su libertad, á dos personas que han pedido el divorcio. Yo, que siempre estoy buscando situaciones nuevas, creo que no me equivoco al decir que aquélla lo era. «El lunes, sin falta, en el hotel de España y que no se retrase la princesa», decía mi mujer dándome un apretón de mano al separarse de mí. Y yo, no menos resuelta y cordialmente contestaba: «El lunes, sin falta!» y efectivamente, el lunes siguiente fué cuando el comisario de policía me sorprendió por la mañana...

— Con Amy Ferat, actriz del Vaudeville, dijo Mme. Hulín esforzándose para sonreír, suprima usted los detalles; estoy enterada.

— No completamente; los periódicos no

lo han contado todo. La pobre Amy Ferat, como es natural, no sabía el despertar que la esperaba, porque aunque no tuviera mucho que perder me repugnaba un poco mezclarla en este fastidioso asunto de que todo París se había de ocupar. Al oír el brusco y matutino golpe dado en nuestra puerta acompañado de la frase: «Abrid en nombre de la ley,» se incorporó asustada: «¡Mi marido!... ¡estamos perdidos!—¿Cómo, tu marido?—Sí, estoy casada, perdona que no te lo haya dicho... escápate... escóndete.» Le aseguro á usted que pasé unos malos instantes en la duda de si se trataba de mi adulterio ó del suyo. Afortunadamente mi incertidumbre no duró mucho rato. A consecuencia de esta aventura fuí condenado á pagar á Mme. de Fagan como alimentos mil quinientos francos mensuales y á dejarle mis hijas, con la condición de que cada quin-



ce días vendrían á pasar un domingo conmigo. Poca cosa es, pero estoy persuadido de que dentro de poco tiempo su madre dulcificará esta última cláusula y me enviará mis hijas más á menudo, según vayan creciendo y siempre que le estorben.

—No me hable usted del divorcio... es una farsa indigna—y Mme. Hulin dejó la labor que sostenían mal sus manos temblorosas.

—Sin embargo le debo la dicha al divorcio; me ha librado de la criatura más abominable...

—¡Oh! hablar así de una persona que no es culpable más que de no haber comprendido á usted. Mala inteligencia... incompatibilidad de carácter...

—Mucho más, muchísimo más. A menudo le he dicho á usted cuánto me gusta su rectitud y la sinceridad de sus pala-

bras y de su mirada; pues bien, lo que me exasperaba de aquella mujer era la mentira, la mentira por gusto de mentir, instintiva, por creerla elegante, por vanidad, que forma parte de su modo de ser, de su entonación, tan amalgamada con todos sus actos y tan perjudicialmente mezclada, que me era ya imposible distinguir lo verdadero de lo falso.—«¿Por qué te ríes tan estrepitosamente?», le preguntaba yo un día en un gabinete del restaurant donde cenábamos después de salir de la Ópera.—«Para que crean los que están al lado que nos divertimos mucho.»

Esto pinta su modo de ser. No me acuerdo de haberla oído nunca hablar para la persona que estaba con ella, sino para otra que acababa de llegar, para el criado que nos servía, para el que pasaba por su lado, cuya atención quería llamar.

De pronto, delante de diez personas con



la voz y los ojos tiernísimos, me decía: —¡Oh, Régis mío, las islas Borromeas!... las primeras semanas de nuestro matrimonio!... y, jamás habíamos estado en las islas Borromeas, figúrese usted mi asombro!

Madame Hulín trataba de atenuar aún... «Después de todo esas eran debilidades bien inofensivas.»

—Sí:—replicaba Fagan,—pero que acababan por ser fatigosas. Preguntar á la compañera de la vida: ¿De dónde vienes?... ¿qué has hecho?... y saber que no ha de contestar una palabra de verdad, que las mil casualidades de París le harán á uno saber que ha mentido sin motivo con un empeño una obstinación contra los que de nada sirven ni ruegos, ni pruebas. ¡Oh! aquella vocecita aguda: «Yo te aseguro... absolutamente... tú eres el que te engañas ó el que me engaña.» Lo triste es que con la

edad, con la seguridad que va tomando la mujer, la mentira se iba envenenando y se hacía peligrosa para mí y para los demás. Sobre sus enemigos en la sociedad inventaba unas cosas lo más extrañas, lo más abominables, y al fin acababa por creerlas ella misma. Y esto con un aire tranquilo, razonable, sin que nada descubra su neurósis más que un pequeño movimiento uniforme, automático; una cinta, un pliegue de su vestido que está estrujando, arrugando con los dedos durante horas enteras.

...Y como el mundo cree con gusto todas las infamias que se le dicen, el daño que puede hacer impunemente una infernal criatura como ella, es incalculable. ¡Cuántas veces en las comidas de convite me he inclinado para espiar, para vigilar á mi mujer por entre los centros llenos de flores!... ¿Qué dice? ¿Qué está inventando?



¿Qué veneno está dando al que está á su lado ese pequeño mónstruo tan bien peinado, tan bien vestido? No tardé mucho tiempo en ser yo mismo su víctima. Pronto empezó á circular por los salones la historia de una Sueca, perversa criatura de dieciséis á diecisiete años que me había trastornado hasta el crimen é inspirado la repugnancia, el odio hacia mi mujer y mis hijas. «Si muero cualquier día,—decía á sus amigas el delicioso ser que llevaba mi nombre,—si muero, ya sabréis quién me ha matado.»

Paulina Hulín exclamó indignada.

—¡Oh! Eso es horrible...

—Sí, horrible... Puede usted figurarse como me recibían mis amigos, los consejos indirectos que me daban, las miradas tristísimas ó indignadas que nos dirigían ó que me dirigían... ¿Defenderme?... ni siquiera traté de hacerlo. ¿A quién iba yo á

convencer de que no conocía á ninguna Sueca, ni perversa, ni honrada y de que todo aquel drama conyugal era obra de una imaginación de histérica? Me resigné, pues, y seguí mostrando en los estrenos y en los bailes mi careta sanguinaria de Barba Azul, mientras que á mi lado la dulce víctima suspiraba y alzaba al cielo los ojos. Sus amigas sabían que era tan desgraciada, que á pesar de la repugnancia de la buena sociedad parisiense hacia el divorcio, todas se lo aconsejaban. «No, no... Resistiré hasta el final por mis hijas... En realidad le faltaban como á mí agravios supremos y sin los consejos de Malville...»

Un grito del niño, más fuerte que el anterior, cortó otra vez la conversación, haciendo salir precipitadamente á la madre, que volvió al poco rato muy pálida y conservando en sus hermosos ojos un resto de expresión de susto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DAUDET"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29921



—¿Qué es?—preguntó Fagan.

—Nada, casi nada... una pesadilla que le da siempre y se despierta sobresaltado al dar ese grito doloroso, ese grito de angustia.

¡Su pobre hijo tan nervioso, tan débil! Paulina se puso á hablar de él, de su salud, de la herida de la rodilla...

—¿Es de nacimiento?—preguntó Fagan impresionado por aquella inquietud maternal, la más profunda, la más conmovedora de todas.

—No, un accidente... cuando era pequeño.—Y ya no dijo más, absorta por aquel recuerdo triste.

### III

—No, hijitas mías... no... lo que me pedís es imposible y me causaríais mucha pena insistiendo.

¡Insistir! ya se guardarían bien de hacerlo. Al oír la negativa de su padre, Ninita había cogido un libro, Rosa un periódico de modas y sus candidas caritas habían tomado de repente una expresión dura, reservada, y parecían absortas en una silenciosa atención, únicamente interrumpida por alguna mirada de reojo llena de malicia que se deslizaba por entre las pestañas medio cerradas. Ya no eran dos niñas con quien tenía que habérselas Fagan, sino dos mujeres con la angelical